

## EL ALMA DE LOS PECES

### Antonio Gómez Rufo

Siempre hacía frío en la pequeña ciudad austriaca de Weisberg. Hasta bien entrado el mes de mayo las temperaturas eran tan bajas que las ráfagas de viento se volvían guadañas de hielo segando la ciudad. El aire mordía con punzadas gélidas, removiendo un baile de teas heladas que se adentraban por cualquier resquicio de la piel, acrecentando las sensaciones de crudeza de aquel ambiente glacial. A veces la altivez del frío obligaba a contraer los cuerpos: entonces dolía como el filo de una astilla en los ojos o la menta pura en los orificios de la nariz; se congelaba en los dientes apretados y entumecía los bordes de las orejas y las palmas de las manos cuarteando la piel, acorchando los sentidos y endureciendo los hilos de seda invisible con que se atan los pensamientos más pequeños.

Era un frío arrogante y transparente que no se dejaba ver. En cambio el aire se quejaba de un modo tan filoso, penetrante, continuo y monótono que muchos de los habitantes de Weisberg pensaban que terminarían por perder la razón. Y así un día y otro, un invierno y otro más, año tras año.

Luego, en los meses de junio y julio el sol, reparando en la insolencia de los hielos, respiraba sobre los más endebles; pero si daban las cinco de la tarde y los carámbanos habían conseguido resistir su aliento sin deshacerse, mientras la noche rezaba lentamente sus horas buscaban alianzas para crecer y que así el sol no se fijase de nuevo en ellos.

Después, en agosto, volvía a nevar; y para septiembre todo quedaba envuelto en el silencio, otra vez. Las pisadas sobre el manto de la nevisca siempre eran mudas, y los gritos carecían de eco. En el invierno de Weisberg incluso las conversaciones eran sigilosas: sólo el martilleo continuo de los picos y las palas sobre la roca, el crepitar de los leños en el hogar y el vuelo de las risas acuátiles de las mujeres más jóvenes vencían la quietud del mutismo que se extendía por la ciudad y sus alrededores desde el lunes hasta el domingo, cuando el campanario de la iglesia se echaba a repicar músicas con la llamada a los servicios.

Un año, aún se recuerda, brilló el sol a finales de diciembre: se cruzaron miradas de miedo, corazones encogidos y presentimientos aciagos.

Y en febrero de aquel año un día no nevó y la señora Meyer se pasó la mañana rezando, porque creyó que había llegado el fin del mundo; luego un caballo de pelo negro enloqueció al atardecer y por la anochecida una vaca adelantó treinta días su parto: inexplicablemente tuvo tres terneros y, misteriosamente también, los tres nacieron muertos.

Todos los vecinos de Weisberg estaban convencidos de que bajo el paisaje nevado que se extendía ante sus ojos crecían verdes los pastos; pero sólo hubiesen podido saberlo si algún año el verano se hubiera hecho más largo o la bonanza se hubiera desdoblado como un mantel.

Por ello, cuando contaban sus viejas historias después de cenar, los ancianos aseguraban a los niños que las praderas estaban allí, dormidas, esperando a que el mago de los imposibles cambiase el orden de los designios para despertarlas y que así los pequeños pudiesen corretear sobre ellas; pero que eso no sucedería hasta que la tierra diese setenta y siete vueltas completas alrededor de la luna, que daba una cada siete años, y que todavía faltaban siete, o tal vez más; ahora que, si tenían paciencia, algún día podrían jugar sobre praderas de esmeralda y carmín con sus hijos, o con los hijos de sus hijos...; y así los niños se dormían soñando mundos más cálidos mientras se frotaban la nariz, porque a causa del frío había noches en que no la sentían y les daba miedo dormirse sin ella, no fuese que descubriesen al amanecer que se la había robado el ánima furtiva del lago o el elfo vagabundo de las nieves.

En Weisberg los pinos se abrigan poniéndose un tabardo de nieve; o enterrándose en ella.

Y Stefanie miraba por la ventana, cada tarde, por si lo veía pasar.

## 2

Eran tantas las cosas en las que Bruno Weiss creía asemejarse a Fedor Dostoiésvski que, cuando acabó de leer *El jugador*, una novela de apenas doscientas páginas que había encontrado por casualidad en los altillos del desván en una edición des encuadernada y mugrienta, pensó que tan sólo le quedaban, como al ruso, dos caminos a seguir: obedecer a su padre, y así ser rico, pero también infeliz, o tenderse en el vientre de un zaguán a esperar el paso de los días, de los inviernos y de la muerte para empezar su propia vida. Bruno Weiss aún no tenía veinte años y, por aquel entonces, como le sucedía al jugador, también se encontraba en una situación desesperada: carecía de fortuna propia, no tenía amigos, ninguno de sus conocidos parecía apreciarlo y todas las mujeres murmuraban de él, apenándose y mirándolo con esos ojos esquivos y recelosos con que se mira a un truhán o a un carnicero mientras procede a pesar el pedido. Todas, menos Stefanie, había oído decir. Y además, ahora estaba en medio del campo, demasiado lejos de casa, pensando en lo que acababa de leer, y unas nubes bajas y negruzcas se le venían encima desde el sudeste: antes de una hora el cielo se volcaría a nevar, otra vez.

En la ciudad de Weisberg, su padre era conocido por ser un hombre tan ahorrativo y cabal que con los años había logrado reunir una más que apreciable fortuna. Aunque no formase parte de ese exquisito grupo de aristócratas, músicos y próceres austriacos acaudalados para quienes la ley nunca se preocupa de contener ningún artículo que les condicione, Leopold Maximilian Weiss había ejercido toda la vida de contable con tanta pulcritud y sensatez que no había pleito de cuentas en el que no fuese llamado por el juez Sendlinger para que le ayudase a desenredar los casos más difíciles, ni comerciante rico de la comarca que una vez, por lo menos, no le hubiera tentado para que aceptase entrar a su servicio. Pero el señor Weiss trabajó siempre para las minas de lignito de mister Shark, en las oficinas, y desde los quince hasta los cincuenta y cuatro años, cuando murió, fue un fiel empleado de la empresa Shark &

Co., la compañía inglesa de minas que todos los años, a finales de septiembre, le aumentaba el salario un cinco por ciento, puntualmente.

Y nunca salió de la ciudad.

Bruno Weiss, evidentemente, no se parecía en nada a su padre. En realidad sentía un desprecio visceral por los números. Por el contrario, lo que a él le entusiasmaba era leer y viajar, disfrutaba como un romántico tardío con la visión del atardecer y nunca veía llegada la hora apropiada en la que apagar el día y dormir. A pesar de los esfuerzos del señor Weiss para explicar al hijo su magia, y los juegos que podían realizarse con ellos, sentía una aversión insuperable por los números, un rechazo enfermizo y alérgico, aunque a la fuerza lo llegase a saber casi todo de ellos; pero, desde que recordaba, sus libros jamás habían sido de matemáticas o álgebra sino de geografía, de historia y de literatura, y sobre todo novelas y cuadernos de poesía que leía una y otra vez hasta que muchas de sus palabras se quedaban desgastadas y raídas, a fuerza de repetirlas. Luego pasaba las tardes viajando con la imaginación por los más lejanos países y por las aldeas más escondidas, o participando espada en mano, yelmo calzado y lanza en ristre en las más sobresalientes batallas y en las conquistas más despiadadas, siempre en busca de una justicia que nada tenía que ver con la justicia de los hombres. El viaje, para él, era siempre una huida, y muchas veces la huida era de sí mismo. Por la noche, a solas también, quemaba el aceite de la lámpara mientras gastaba sus ojos con las fantasías de don Quijote, los celos de Otelo, las aventuras de Fausto o los desgarros amorosos de Verlaine, que le abrían universos nuevos a los que no estaba invitado pero en los que, de un modo u otro, lograba introducirse. Hasta que su madre, con una sonrisa leve de recriminación, se adentraba en el cuarto, le recordaba lo avanzado de la noche y, sin oír lo que pudiese argüir en su defensa, lo besaba en la frente, se inclinaba sobre la lamparilla, soplabla breve y quedamente y dejaba la estancia a oscuras, cerrando la puerta tras ella después de darle las buenas noches.

Tal vez por eso el joven Weiss odiaba su ciudad, Weisberg; su comarca, Vorarlberg, y a toda Austria. Lo cierto era que Bruno Weiss odiaba a todo el mundo. Desde la infancia había aborrecido por impúdica la exteriorización de cualquier sentimiento, y no soportaba que los demás riesen, gimiesen o llorasen con exageración, como si tuviesen derecho a creer que las emociones humanas son frutos silvestres venenosos al alcance de cualquiera que pase junto a ellos. Las gentes de Weisberg le parecían despreciables, como las de Schruns, Partenen, Gargellen, Laudgen o Sankt Gallenkirch, como las del resto de Austria y como las de toda Europa. Siempre los consideró seres mezquinos sin ambición ni ideales, movidos sólo por la avaricia torpe, por la cobardía: nunca habían sabido defender su país ni defender una sola idea que no fuese la de dejar de pasar hambre o la de dejar de sentir frío. Y luego se entregaban a la música, la bebida y las canciones chillonas como si en aquella miserable evasión se hallase la respuesta a lo incomprensible de su existencia ruin e innecesaria.

Weisberg era una ciudad pequeña situada sobre los Alpes en las estribaciones del Piz Buin, en la comarca de Vorarlberg, muy cerca del río Ill, en el extremo occidental de Austria. En 1874, cuando Bruno nació, tenía poco más de mil vecinos, de los que más de la mitad ya eran ancianos.

Los jóvenes, en cuanto aprendían a ir y volver al lago de Constanza sin perderse, hacían el hatillo, besaban la mejilla de su madre, miraban al padre con ojos de agradecimiento y partían hacia Graz, Salzburgo, Viena, Frankfurt, Zurich o Milán, de donde no regresaban nunca, ni para buscar esposa ni para enterrar a los suyos.

Los que se quedaban era porque tenían trabajo en la mina o porque desde la infancia encontraban empleo al servicio de la fábrica de trineos, un negocio próspero con el que la ciudad había ganado fama y prestigio en toda la región de Austria y más allá de las fronteras alemana, suiza e italiana. Así, no era de extrañar que las muchachas más jóvenes tuvieran grandes dificultades para encontrar marido, ni infrecuente que los viudos se volvieran a casar con mozas adolescentes o que algunos forasteros viajaran hasta Weisberg con el único fin de conocer esposa y llevársela de allí. Y aún así eran tantas las que envejecían solteras que durante muchos años sólo se guardó de Weisberg la imagen de una ciudad de calles pobladas de rostros femeninos, algo así como un inmenso internado de señoritas que reían y fingían dar la espalda a la soltería con algarabía y grandes muestras de alborozo, para incompreensión de los mayores y graves gestos de desaprobación entre las ancianas, que no concebían tanto desapego ante la desgracia.

Cuando él nació, pues, Weisberg vivía gracias a una mina de lignito que se hallaba en plena explotación, era célebre por la calidad de sus trineos y sólo era envidiada por la abundancia de sus mujeres, entre las que no escaseaban las muchachas hermosas; pero, por alguna razón que nadie llegó nunca a comprender, muy pocos eran los forasteros que visitaban la ciudad, y menos aún los que se empadronaban en ella. Y como Bruno Weiss no tenía a nadie con quien hablar, porque su padre no era hombre de muchas palabras y en las calles no había Cafés, Casinos ni centros de reunión donde aplicar el oído a las conversaciones de los demás, no pasó mucho tiempo hasta que llegó a la conclusión irrefutable de que la suya era una ciudad maldita.

En Weisberg nunca se abrían las flores en mayo.

Tampoco en junio.

Hubo una mujer pelirroja, pero murió.

Y todos los días hacía frío.